

HABITACIÓN 505

Nieves Rodríguez Rivera



Capítulo 1

CAPÍTULO I

Julia se despierta en un cuarto de un hotel: apenas una línea de luz en la persiana, duerme boca boca abajo, el pelo le cubre media cara, abre un ojo, teme levantarse, sabe que le espera el vacío. Aún hay olor a sudor en sus sábanas y tiene la boca seca; siente el alcohol entre los dientes. Otra noche más de volver al hotel acompañada, o sola, sin saber qué busca en la calle, en los cuerpos, en las copas. Sólo sabe que busca porque la desazón la corroe, la inquietud sin respuesta como la carcoma cada día. Escarba y encuentra, pero no lo que quiere: sólo cuerpo, conversaciones banales, gente tan desesperada como ella. Julia añora un tiempo que no sabe si tuvo. Por eso coge el paquete de tabaco con las manos como garras, enciende un cigarrillo nada más posar los pies en la alfombra mullida, y se mira los muslos antes de volver la vista al cuarto vacío. Recuerda el olor a perfume en las sábanas. Ya olvidó el nombre de la mujer que estuvo en su cama, o fue un hombre, no recuerda, quizás fueron los dos, ¡vaya pasada! Julia sonrío por no llorar mientras aspira con rabia, como fuma desde hace tiempo; fuma y bebe y folla, y no hace otra cosa desde que acaba la semana en el bar y baja a la ciudad, y luego vuelve.

Mira al móvil apagado en la mesilla, ningún testigo de su noche, no le debe a nada nadie, sólo ella y sus consecuencias; por eso apaga con fruición el primer tabaco y se va a la ducha mientras piensa en que tiene que pasar por casa de su madre, comer, recoger ropa, dejarle dinero, y volver de nuevo al pueblo donde la espera su novia, o su amiga o lo que sea, que vive con ella, que no sabe nada ni lo sabrá, porque la vida es así y ella ya se cansó de fingir que puede ser alguien normal. Es mi sino, me gustan demasiado las mujeres, le dirá a su amiga a modo de excusa. Pero no es eso, pero tampoco sabe lo que es lo que la lleva a hacer lo mismo cada semana. No piensa en ella nunca cuando lo hace, sólo lo hace, no sabe si la quiere, le gusta que esté allí cuando llega cansada después de horas de borrachos, de conversaciones insulsas, de pies como agujas, de horas que pasan sin esperanzas. No la quiere, pero tampoco desea perderla, es bueno abrazarse en la cama, sentirse querida, sin explicarse nunca del todo cómo la sigue aguantando. Sabe que es cuestión de tiempo que se entere de lo que todo el mundo sabe: que no va a cambiar,

que no dejará de atravesar la noche como una loba desierta, que acabará en aquel hotel, o en otro junto a la playa, como ahora, sin recordar el nombre de la última, o el último... ¡Qué más da! Con el que quiso acompañar su soledad y acallar las voces en su cabeza.

Fuma otro cigarrillo. Aún mojada se pasea por el cuarto, pensando si encender el teléfono o tener unos minutos más de libertad, de estar sola con su culpa y su desahogo, con su rabia y su despecho. Como aquella vez, recuerda siempre, justo el día después, como después de que él la obligara en el cuarto de sus padres, cuando aún no sabía qué era lo que los hombres querían, y le dio dinero y helado para que no hablara con los padres, y calló para siempre, más por rabia que por pena; calló porque se le habían acabado todas las palabras, se le había incendiado la boca, se le habían caído todos los pilares y todas las columnas. Se había abierto un agujero en la ciudad desierta, y su madre era un títere y su padre un espantapájaros en medio de un campo de trigo. Por eso salía a la ciudad, desde que podía, su día libre, a las calles, al tráfico, al calor del alcohol y de los solitarios en la noche. Y el hotel, que fuera planta baja porque odiaba las alturas, el vértigo, la punción siempre del abismo y de ver como una premonición su cuerpo cayendo, descendiendo como un pájaro herido. Aparta ese pensamiento como siempre que le acecha. Se viste despacio, enciende el tercer cigarro de la mañana, o del medio día ya, y sale del hotel donde estaba a salvo, donde ella imponía las normas. Intenta en vano recordar con quien vino. Enciende el móvil, prepara las excusas, responde a su madre, a los proveedores, llama a su novia que piensa que está con su madre. Se siente mal, sucia, incorregible, como siempre que vuelve del hotel, como siempre que paga las copas a una desconocida, y la cena, y deciden subir a la habitación, y se sumerge en su cuerpo, y se deja ir aunque sepa que no es eso, pero ya es tarde cuando lo piensa. Y se ducha, se viste y abandona la habitación de hotel en penumbras, como aquella vez en el cuarto de sus padres después de que su hermano la hubiese dejado, manchada de esperma, con el billete en la mano, con la amenaza velada, con la mancha en las bragas, con la terrible incertidumbre de que aquello era eso, lo que todos buscan, lo que ella busca y no encuentra, en todas las habitaciones oscuras, en todos los cuartos de hotel cada semana.

Capítulo 2

La mujer, delante de la puerta, la abre y piensa que es justo lo que necesitaba: una habitación soleada, limpia, neutra; un espacio desconocido. Observa las cortinas color hueso, a media hasta; la cama amplia de colcha discreta, de tonos ocres y ribetes plateados; las paredes blancas, desnudas. Bajo los pies siente la moqueta mullida, beige, esponjosa. A la derecha de los grandes ventanales, el diván morado y la mesa de cristal; sobre ella, los folletos turísticos, la carta del restaurante. Deposita la maleta en el suelo, descuidadamente, contemplando aún la habitación desconocida, pero suya ya por unas horas. A través de los grandes ventanales, divisa el mar: los trasatlánticos atravesando la bahía; el sol descendiendo en el agua, rojo, palpitante.

Se dirige al cuarto de baño, espacioso, frío: la toallas pulcramente colocadas; los botes de champú, de gel; la protección de plástico sobre la taza del wáter. Se observa al espejo y se gusta. Respiró hondo, como si saliese del mar, como si le costase tomar el aire que se estrechase en el túnel que llega a los pulmones.

Abre el grifo de la bañera y siente el agua caer tibia, caliente. Piensa que quizás deba antes llamar a casa, saber cómo está su hijo. Pero ve su rostro asustado, colmado de excusas y preocupaciones, y se obliga a renunciar. Debe recordar las palabras del psicólogo y evitar tener pensamientos de aquel tipo. Todo iba a salir bien, no pasaba nada, ahora su hijo estaba con su padre. No iba a pasar nada. Su llamada sólo iba a levantar sospechas, porque ella no estaba ya en la ciudad, sino llegando al aeropuerto para tomar un vuelo. Había preparado todo con un placer minucioso, anticipado: las mínimas coartadas, el curso en la isla vecina, el teléfono apagado... no, no me acompañes, cojo un taxi.

Abre el chorro y deja que el agua caiga, sonora, constante. Esparce los dedos en el líquido tibio. Se desviste frente al espejo: es joven, aún no ha cumplido los cuarenta, aunque a veces se siente cansada, incapaz, sedienta y seca a la vez por dentro. Por eso se sumerge en el agua cálida. Siente cómo todos los músculos se disuelven y flotan desmadejados. Apoya las rodillas sobre las paredes de la bañera, la cabeza sumergida hasta la nariz: respira, como un anfibio; cierra los ojos y respira, como un animal de agua.

Comienza a sentirse bien, dueña de sí, de su cuerpo, de su deseo. Cuando sale de la bañera el sol se había hundido ya en el mar; tan sólo queda de su ausencia el reflejo dorado sobre los barcos en el muelle, los cargueros

atracados en la darsena, los contenedores de hierro. Por un momento se siente extranjera, pasajera fugaz de una ciudad desconocida que está por descubrir. Se anuda el albornoz; los pies acarician la moqueta, se deslizan. Sobre el diván coloca la maleta y saca la caja de colores brillantes, fucsia, rosa, el plástico rutilante. La ropa interior comprada para la ocasión, a escondidas, el primer indicio del pecado: negras, con encajes en los bordes, con copas acorazadas y turgentes. La desliza por la piel brillante, suave, depilada. Se ha preparado para esta noche, con la precisión de un relojero y el miedo de una adolescente. Las manos le tiemblan levemente. La luz tenue de la tarde se vuelve de un gris afectado, cárdeno. Abre la caja, nerviosa, sentada al borde de la cama; se recuesta sobre la almohada y cierra los ojos.

El sonido del teléfono. Desde la recepción preguntan por ella. Sí, que suban, le dice con una voz que no se reconoce, lánguida, grave, contenida. Luego escucha el ascensor, los pasos quedos, silenciosos. ¿Es aquí? Sí. El golpe suave en la puerta, antes de que abra a la penumbra. La botella de champán en la mano del hombre negro, guapo, de rasgos de pantera; de pómulos salientes, de labios jugosos y la sonrisa ancha. A su lado Sara, no menos bella, de ojos del color de las castañas en otoño, profundos, de fuego; la sonrisa ladeada y traviesa; la piel morena, el cabello ondulado y crespo. Fiesta, dice, y abraza a la mujer que espera descalza. Sara, las copas en la mano, el brazo desnudo, enmarcando un traje de noche negro, de cuello redondo... Pareces de la película Desayuno con diamantes, le dice con la sonrisa desflecada. Y tú cómo te llamas.

Alí. Alí Benosuoto, y sonrío. Sabe, intuye que es tierno, como una vez lo fue Martín, pero ya no, él no cabe en esa noche, él que no vendrá más, que no la quiere, que salió de su vida para no volver. Sólo Alí esa noche, Alí y Sara para calmar su sed, o la tristeza de no ser más amada. Alí, suave debajo de aquel pecho amplio, de la camisa blanca y la corbata negra. Alí que la mira expectante, el pelo como grillos en la noche, muy corto. Te iría bien un sombrero, le dice, y tira de la punta de la corbata.

Alí, el amigo de Sara. Alí que la estrecha ahora con dos manos gigantes, presionándola contra su cuerpo duro, cálido, de muslos de alabastro. Estalla el champán, y las copas se derraman, y Sara, frente a ella, que brinda por su regalo de cumpleaños, por haber dejado ya de llorar, porque esa noche es sólo de los tres. Y ríe, ríen con la boca llena de flores; como una fuente, cantarina, el cuello hacia atrás al reír, como las mujeres fatales. Lo era. Pero ella no lo sabía, o acaso sí. La desea, quiere saber a que saben sus labios, a qué sabe su cuerpo; por eso la besa, en el cuello, en el hombro, besos que acallan sus miedos. Erizada la piel, la oye gemir, suave, picante como el champán. Era extraño: tocar un cuerpo igual al suyo, pero distinto, como un espejo; el pezón erizado, la misma reacción del cuello. Le gusta sentirse así, amada y observada a la vez, acariciada y deseada de aquella manera. Sara sabe a mar, a fruta recóndita que se deshace en la boca, a flor de invernadero; pétalo a

pétalo se abre, ofrecida, sin un atisbo de pudor; se entrega.

Alí mira a las mujeres desde el diván, tiene prohibido participar, sólo cuando ellas decidan. Puedo quitarme la ropa, había preguntado Alí. Sara la mira dejando que sea ella quien decida. ¡Claro, hazlo!, se oye decir teñida ya de fuego, olvidada de todo.

La luna entra ya en el cuarto sobre la camisa blanca que cae al suelo. Hazlo más despacio, oye decir a Sara, la voz ronca de deseo. Alí sonrío como un niño grande, orgulloso, despacio; la piel brillante del color del caramelo líquido, el pecho amplio. Sabe que es hermoso como un animal salvaje, como un caballo de fuego, o un aullido en la selva; por eso las mujeres se abren en flor, se ofrecen, se dejan vestir como diamantes pulidos, confundiendo manos, pies, boca, sexo. Los cuerpos enredados, como un círculo de fuego; antes de explotar oye los gemidos entrecortados de Sara que se derrama en su boca, extasiada, y ya cabalga sobre él como una amazona liberada, dueña ya de su deseo, fiera. Muerde, devora, aúlla y estalla, aturdida de escuchar su propia voz, en la noche, en medio de la habitación vacía y sola.